

## LA CRUZ Y EL ICONO DE MARÍA DE LAS JMJ EN LA DIÓCESIS DE SALAMANCA

Los días 27 al 31 de Octubre la Diócesis de Salamanca ha vivido un verdadero *kairós*, es decir, un *paso* fuerte del Señor, a través de la acogida de la Cruz peregrina de los jóvenes y del Icono de María, de modo muy especial, en las diversas celebraciones preparadas para tal acontecimiento eclesial.

Tres son las vivencias más profundas que, el paso de la Cruz y el Icono de María, han dejado impresadas en mi corazón al mirar retrospectivamente lo que ha significado la presencia de estos dos símbolos centrales en la experiencia cristiana de la fe.

### 1º) EXPERIENCIA ECLESIAL DE PUEBLO DE DIOS



La primera nota significativa que se ha puesto de manifiesto en todas las celebraciones con motivo de la presencia de la Cruz y el Icono de María, entre nosotros, ha sido la de constatar que ha sido el Pueblo de Dios que peregrina como Iglesia Diocesana en Salamanca el que se ha sentido invitado, atraído, convocado y *tocado* por la Cruz y el Icono de María. Han sido todos los miembros del Pueblo de Dios (niños, adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos; Obispo, sacerdotes, religiosos/as, Monasterios de Clausura, miembros de Institutos Seculares) los que nos hemos sentido llamados, convocados a mirar la Cruz, como si se tratase de un gran *Viernes Santo* para adorar a Aquel, que colgado del madero ha traído la salvación al mundo entero. En la memoria de estos días quedan impresadas para siempre, como un fruto espiritual de la presencia de la Cruz y el Icono de María, la recepción y respuesta mayoritaria por parte del Pueblo de Dios a los actos programados: la acogida entrañable y popular en la Parroquia de Cantalapiedra (en representación del Mundo Rural) el día 27; la solemne celebración de Vísperas en la Catedral Vieja abarrotada de fieles; la *peregrinación* festiva y charra por la calle La Rúa hasta la Plaza Mayor con el colofón del Festival Joven; la multitudinaria presencia de niños y adolescentes en la Iglesia Clerecía el día 28; la provocadora y *martirial* presencia de la Cruz en el corazón del Campus *Miguel de Unamuno* (en la Plaza de Bolonia, con profesores y jóvenes universitarios); la consoladora celebración ante el Hospital Clínico, llenando de sentido y esperanza el dolor de los enfermos; la peregrinación en búsqueda de los familiares de los presos haciendo realidad la amonestación del Señor

*“estuve en la cárcel, y viniste a verme”* (Mt 25, 36); la oración familiar del *Rosario* y por las familias de los cinco continentes en la Iglesia de la Clerecía; los momentos de adoración, contemplación y oración vividos, tanto en el *Vía Crucis popular* como en los Monasterios durante las vigilias prolongadas de oración; las dos grandes concelebraciones de la Eucaristía, en torno al Obispo y con una presencia nutrida de sacerdotes en la Clerecía; la convivencia con los voluntarios, mensajeros y miembros de las Comunidades de *Fe y Luz*; las multitudinarias celebraciones del Sacramento de la Confirmación en la Iglesia de San Esteban..., se transformaron en ámbitos para la acogida de la Gracia que todos hemos recibido por medio de la Cruz: *“E inclinando la cabeza entregó el espíritu”* (Jn 19, 30); *“Jesús les dijo otra vez: ‘La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío’. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: ‘Recibid el Espíritu Santo’* (Jn 20, 21-22).

## II. LA CENTRALIDAD DE LA CRUZ

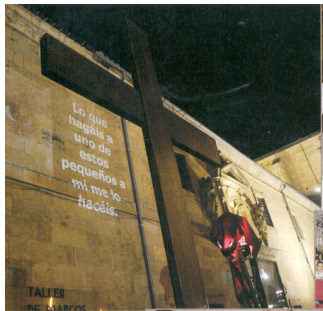
La celebración y celebraciones de estos días junto a la Cruz y el Icono de María, nos han vuelto a descubrir la centralidad de la cruz en nuestra vida como cristianos. No se puede seguir a Jesús más que a través del camino de la cruz: *“El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará”* (Mt 10, 38-39).

La Cruz es un Misterio porque brota de lo profundo de Dios y nos introduce de nuevo en lo más íntimo de su ser; todo Misterio cristiano es una revelación divina que nos descubre al Dios oculto. Dios es aquél que se esconde en el Misterio. Cuando se revela, aparece algo que el hombre no espera, humanamente absurdo, algo que parece locura. ¿Quién hubiera pensado jamás que Dios se había de manifestar en la Cruz? ¿Puede un criminal que ha sido expulsado y crucificado por los hombres ser la mayor revelación de Dios? ¿Puede manifestarnos a Dios la muerte, el dolor y la indignancia? Porque ahí se revela en toda su profundidad y plenitud como Misericordia, como Amor eterno a los pecadores. Pero al mismo tiempo nos revela qué horrible es el alejamiento de Dios y el pecado, cuando por su causa muere Cristo en la Cruz. Hacía falta un acto de amor tan ilimitado e increíble para que se rompiera el hielo del odio a Dios. Pero al mismo tiempo había que desenmascarar el pecado en toda su malicia. Cuando estuvo suspendido de la Cruz, todo el mundo tuvo que reconocer la gravedad del pecado; mas también todos debieron admitir cómo ama Dios.

La Cruz es símbolo de Dios mismo que desciende del cielo. Él la ha escogido como signo de su obra de amor. El mismo Dios está suspendido de la Cruz. ¡Oh Misterio incomprensible! Y todos, queramos o no, estamos clavados

en la Cruz de Cristo. Pero depende de nuestra decisión el estar suspendidos en la Cruz con Cristo por amor. Para eso nos regala Dios los Misterios: para que con su fuerza divina, podamos unirnos a su Cruz.

La Cruz va contra todo sentido y razón, contra la dignidad humana, contra toda prudencia. Esta es la voz del mundo sublevado contra la Cruz, hoy más que nunca: *"No queremos que éste reine sobre nosotros"* (Lucas 19,14). Pero el mensaje de la Cruz se puede abordar también de distinta manera. La fe, que reconoce la manifestación de Dios en la Cruz, se dice a sí misma que la rabiosa oposición del mundo está demostrando precisamente que la Cruz es el núcleo, lo fundamental del nuevo mensaje. Cuando habla Dios, toda inteligencia humana debe callar y escuchar. Si el espíritu humano reconoce y aprecia muchas cosas en el cristianismo, pero precisamente maldice y reniega de la Cruz, es señal de que aquí se revela algo que sobrepasa toda inteligencia humana y, que por esa razón, tiene su origen en las profundidades de Dios.



En el mundo de Dios todos los valores han sido invertidos y sólo la Cruz nos da la posibilidad de reconocer los que son auténticos. Lo que a los hombres parece sabio, noble y fuerte, para Dios es necio, vulgar y débil. Y lo que los hombres tienen por impotencia y locura, para Dios es omnipotencia y sabiduría suma.

La Cruz nos revela la existencia de una vida suprema y divina, y sólo aquella es la puerta que da acceso a la única realidad verdadera, a la única vida auténtica. Porque la vida del mundo, sus valores y fundamentos, acaban en disgusto, desengaño, desesperación y muerte. La vida terrena se convierte al fin en hastío y toda la sabiduría humana es incapaz de producir la felicidad.

La Cruz desbarata todas las obras terrenas y todos los esfuerzos humanos. Consiste en que todo sale de distinta manera a como esperábamos y habíamos pensado. Se cruza en el camino de nuestros planes y proyectos. Muchas veces nos disponemos para luchar y sufrir, nos prevenimos para una tribulación, nos proponemos resistir... Y, he aquí, que la Cruz aparece en una forma distinta e inesperada, quizá de una manera deplorable y ridícula, de suerte que nuestro orgullo y nuestro espíritu se desmoronan. En esto hay también un quebranto y una destrucción del propio "YO" de cada uno. Ahora bien, cuando el "yo" desaparece se presenta Dios. Por eso, cuando se lleva la Cruz y no se rechaza, ella misma nos introduce en la vida superior y divina.

Dios, antes de que aprendamos a buscarlo y a confiar únicamente en Él, debe quitarnos toda seguridad terrena basada en el poder humano. Sólo entonces empieza para nosotros, por medio de la Cruz, la nueva existencia: la vida divina.

La continua tribulación viene a ser para el justo una tentación, una prueba. Todavía no es tan justo como para que sólo le importe Dios; así piensa en la recompensa que no recibe. Sin embargo, a pesar de la impaciencia que



brota de su debilidad, el enojo del justo no se convierte en rebelión; quiere permanecer como hijo de Dios. Pero no es su lucha, ni su esfuerzo, ni sus cavilaciones los que le traen la solución, sino el hecho de que Dios mismo levanta el velo de sus santos pensamientos y permite al orante contemplar por un momento su Misterio. Allí, lleno de admiración, con un conocimiento que es don de Dios, en una contemplación que es pura gracia, el devoto comprende a qué obedece la prueba: debe liberarle de toda esperanza humana y egoísta en una recompensa, de toda confianza

en su propia justicia; tiene que enseñarle que uno sólo es el verdaderamente bueno: Dios mismo. El Señor le despoja de todo para abrir sus ojos a lo que es el único bien auténtico: la presencia eterna de Dios.

La Cruz ya no es únicamente sufrimiento, sino que por el contrario destruye todo cuanto se opone a la felicidad, porque el alma sólo alcanza la felicidad cuando es inundada por la vida de Dios. Toda justicia terrena, aun la que aparentemente es más noble, debe desaparecer antes de que pueda resplandecer la justicia de Dios. Esta es la finalidad de las cruces que sobrevienen a la humanidad, aun cuando a veces parezca que con la cruz queda extinguido todo bien y toda justicia. En semejantes ocasiones dice el hombre natural: ¿Cómo pudo permitir esto el Dios justo? Mas la mirada espiritual reconoce que en esta aparente injusticia brilla de forma misteriosa la justicia de Dios.

La Cruz nos libera de la desesperación y del hastío porque nos muestra un reino nuevo. La muerte de lo terreno es la puerta que se abre a la vida auténtica. Solamente en la Cruz, se comprueban los verdaderos valores; aquello que no es capaz de resistir la prueba de la Cruz, aquello que no sobrevive a la muerte, en el fondo, no tiene valor. La Cruz es el comienzo del Cielo, porque purifica y perfecciona al hombre, hasta el punto de hacerle capaz de entender, contemplar y desear lo divino.

La Cruz ha atravesado la ciudad de Salamanca y, a su paso, ha *tocado* y *cruzado* el corazón de todos los que han fijado sus ojos en ella. Ante la cruz, uno, no puede permanecer impassible ni imparcial, la cruz te atrae, te seduce o te violenta y te invita a renegar de ella. Con Jesús crucificado estaban dos

criminales crucificados haciéndole compañía. Estos dos bandidos, representan *paradigmáticamente*, las dos formas de estar ante el Crucificado: o le acoges y descubres en Él al Salvador o le rechazas y reniegas de Él como Camino, Verdad y Vida: “*Uno de los malhechores le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!`. Pero el otro le respondió diciendo: ‘¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho. Y decía: ‘Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino`. Jesús le dijo: ‘Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”* (Lc 23, 39-43).



Jesús había profetizado, antes de morir, los efectos que iba a provocar en sus discípulos el escándalo de la Cruz: “*Todos os vais a escandalizar, ya que está escrito: ‘Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas’*” (Mc 14, 27). Sí, también nosotros, hemos experimentado, en el camino de la preparación a la acogida de la Cruz, resistencias y fatigas del corazón. La recepción y llegada de la Cruz a nuestra Diócesis ha puesto en evidencia la debilidad de nuestra fe, la precariedad de nuestras convicciones, las cobardías de nuestras lealtades y las traiciones a la hora de dar el paso adelante y manifestarnos como discípulos del Crucificado. La mentalidad laicista que ha propagado, en estos últimos decenios, una animadversión a la Cruz que denominamos *staurofobia* ha calado, también, entre los mismos católicos y a la hora de mostrar públicamente los símbolos que nos identifican como cristianos (La Cruz y el Icono) tantas veces



sentimos vergüenza. ¡Sorprende esta actitud!, sobre todo si contemplamos el desparpajo con que los personajes de la farándula y la moda exhiben los símbolos cristianos de la Cruz y el Rosario, colgados visiblemente del cuello y muñecas y, no precisamente, para invitar a la piedad o la oración, sino por simple esnobismo.

Sí, hemos de confesar con humildad, que no hemos puesto toda la “carne en el asador”, que no nos hemos significado activa y corresponsablemente en la preparación de la acogida de la Cruz y el Icono de María y por ello, su *paso* por nuestra Diócesis tan fecundo y provocador, nos ha sorprendido a todos.

Pero Jesús, también, había profetizado: “*Cuando Yo sea levantado, de la tierra, atraeré a todos hacia Mí*” (Jn 12, 32). Esta ha sido la experiencia espiritual más relevante y profunda de estos días. La sola presencia de la Cruz levantada en las Parroquias de Cantalapiedra y el Pino de Tormes, en la

Catedral, en la Clerecía, en la Plaza Mayor, en el Campus *Miguel de Unamuno*, en la Iglesia de San Esteban, en las calles de Salamanca... ha atraído a miles de personas hacia ella. La Cruz ha sido contemplada, tocada, besada, llorada, adorada y orada. Todos hemos recibido gracias especiales que solo conocen bien aquellos que las han acogido y recibido en sus corazones. *Te adoramos, ¡Oh Cristo! Porque con tu santa Cruz has redimido al mundo, y a mí pecador también.*

### **3º) FECUNDIDAD ESPIRITUAL Y PASTORAL DE LAS EXPRESIONES TRADICIONALES DE LA PIEDAD POPULAR**

Es muy difícil contabilizar la fecundidad espiritual y pastoral del paso de la Cruz y el Icono de María en el corazón de todos los que de una manera y otra han participado en las distintas celebraciones de estos días. De lo que si estamos seguros es de que el efecto multiplicador de la Gracia ha sido infinitamente más fecundo de lo que podamos imaginar. El paso de la Cruz y el Icono de María por nuestra Diócesis nos ha dejado saborear, en forma de *aperitivo*, lo que va a suponer para la Iglesia en España la celebración de la próxima JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD que tendrá lugar en Madrid, el próximo año, los días 20 y 21 de Agosto, con su preparación previa en las Diócesis los días 11 al 15. Efectivamente, miles de jóvenes esperan ser acogidos en nuestra Diócesis, parroquias y familias. El *paso* de los jóvenes por Salamanca será un verdadero *tsunami*, un viento recio y fresco del Espíritu Santo y para prepararnos a este evento eclesial, es necesario *saber leer* con los ojos del Espíritu, lo que el Señor ha querido decir a nuestra Iglesia diocesana con el paso de la Cruz y el Icono de María.



Al mirar atrás con el corazón agradecido por la experiencia vivida y, al intentar resaltar, desde un punto de vista espiritual y pastoral, lo más relevante y significativo de lo acontecido entre nosotros durante los días 27 al 30 de Octubre, señalo las siguientes *notas iluminadoras* para seguir ensayándolas y enriqueciéndolas:

- 1ª) Las celebraciones litúrgicas como experiencia de comunión, oración y testimonio de todo el Pueblo de Dios.
- 2ª) Las formas tradicionales de piedad popular (*vía crucis*, rosario, vigiliyas, procesiones, ayuno...), bien preparadas y celebradas, como espacios mistagógicos para adentrarnos en el Misterio de la oración, contemplación y adoración del Señor.

3ª) La recuperación de los tres grandes templos de nuestra Diócesis (Catedral – Clerecía- San Esteban) para eventos de índole eclesial y diocesano.

4ª) La importancia de la corresponsabilidad en la preparación de este tipo de celebraciones de todas las realidades diocesanas (parroquias, comunidad de religiosos/as; movimientos, nuevas comunidades, etc) como signo de comunión y testimonio.

Y, junto a estas cuatro *luces*, es necesario, también, señalar algunas *sombras* o carencias que hemos detectado:

1ª) La falta de implicación real en la preparación de este evento eclesial en una gran mayoría de parroquias.

2ª) El no tener *a punto* los medios técnicos, como la megafonía, en la celebración del *Vía crucis*.

3ª) No haber facilitado tiempos, momentos y lugares (¿una Iglesia con confesores suficientes?) para una Celebración Penitencial.

La Cruz peregrina, acompañada por el Icono de María, siguen surcando nuevas diócesis y *cruzando* nuevos corazones. Es el tiempo de la *sementera*, todo el esfuerzo realizado tendrá su fruto. La mirada de todos está puesta ya en Madrid, allí será levanta, de nuevo, la Cruz y el Icono de María para ser contemplada por millones de jóvenes de todo el mundo. ¡Quiera Dios que podamos estar allí!. Amén.



Juan José Calles Garzón  
(Párroco de Cristo Rey)